

No hay emancipación de la mujer. La emancipación que poseen las mujeres libres, propiciamos, es social, netamente social.

Redacción y Administración:
JUANA ROUÇO

NUESTRA TRIBUNA

QUINCEavo FEMENINO DE IDEAS ARTE, CRITICA Y LITERATURA

SUSCRIPCIÓN

Semestre \$ 1.20
Número suelto .. 0.10

La inferioridad mental de la mujer es una melitira teológica, repetida y propagada por todas las contragaciones religiosas y jurídicas.

Un profesor de pacotilla

Visitó esta monótona localidad en gira de propaganda mercantil, el desprofesado «profesor» Rodolfo Senet.

El objetivo de este suelto es poner sobre aviso a los compañeros y compañeras de las distintas localidades del Sur, que este «profesor» es un vulgar mercachifle de la ciencia.

Además de esto, para tener la sana paciencia de escuchar sus chistes, cobra la bonita suma de dos pesos. Y es bueno que los que pertenecen al pueblo no contribuyan con su óbolo a dar vida a estos vendedores de ciencia barata...

Comunico

A las distintas localidades—por si no han recibido mi carta contestación—que han solicitado mi concurso para el 1° de Mayo, que me es imposible acceder a sus pedidos, por cuanto me he comprometido para esa fecha. Salud a todos!

Juana Rouço.

Tristezas Camperas FRAGMENTOS

¡Cuánta tristeza!
Cuánto dolor inspiran estas llanuras, que allá en los tiempos de mi infancia, las he visto al fimbriadas ricamente con el verde de los pastizales, los trigales y linos en flor—magnánima promesa para campesinos y obreros que cifran en ellos todas sus esperanzas—y adornadas con mil florecillas silvestres que ponían la nota más viva y alegre, a estas augustas soledades. mientras que hoy... cuánta tristeza al tener mi vista por ellas! El suelo está desnudo, polvoriento; sin su verde ornamento silvestre todo está triste, todo parece referirnos la tragedia de la muerte...

De trecho en trecho se ven osamentas aisladas; más allá rodeos de animales muertos. La epidemia y el hambre han hecho estragos en las haciendas y en los rodeos lanares y demás bestias del campo. En los hogares de los campesinos pobres ruina la desolación.

La sequía ha tendido su brazo fatal: las cosechas se perdieron; la epidemia termina con toda clase de animales, caseros y salvajes... ¡Oh, llegará la tragedia horrible del hambre para los hijos de estas soledades!

En los caminos y en las alcantarillas de las vías férreas he visto grupos de hombres, jóvenes y viejos, muchos de ellos harapientos y casi desnudos; otros van sin descanso, a lo largo de esos callejones polvorientos y tristes, o por esas vías, con ro-

EDITORIAL LA MATERNIDAD

Infelizmente y para perjuicio directo de la belleza humana, el noventa por ciento de las mujeres creen cumplir el deber de maternidad haciendo de incansables máquinas de parir hijos, sin tener en cuenta para nada ninguno de los factores de higiene, de salud y de educación, para ellas y para sus hijos. He aquí que la mayoría de las madres creen cumplir un elemental deber con dar hijos periódicamente a la luz, sin observar la más mínima noción de preservación para sus órganos genitales, ni tampoco tener en cuenta la grave responsabilidad que dimana de la delicada misión de la maternidad.

Nos parte el corazón ver diariamente el estado calamitoso de una infancia completamente abandonada, harapienta, semi-desnuda, carente de alimentación y en vía de degeneración, y ejercitando el oficio de la mendicidad una regular cantidad de ella.

Aparte de esto notamos que el desenvolvimiento de esta infancia procreada inconscientemente, fluctúa en un ambiente de perversidad, de corrupción, de cieno, de vicio y de todas las lacras sociales que en sí encierra esta delictuosa organización social.

Al ver este enjambre de niñez abandonada a su propio albedrío, no podemos sustraernos a estas interrogaciones: ¿Así cumplis, mujeres, la delicada misión de la maternidad? ¿Así procreáis a vuestra prole, librada a su libre albedrío, sin darles ninguna clase de educación, sin modelar racionalmente su tierna y sana inteligencia? ¿Así, mujeres, parid a vuestros hijos, sin ninguna responsabilidad por parte vuestra que los engendráis, lanzándolos al abandono moral, educacional, alimenticio y faltos de abrigo con que cubrir sus tiernas carnicitas?

Si, a vosotras nos dirigimos con nuestras interrogaciones, mujeres del pueblo, que en nada os diferenciáis de las especies animales, puesto que vuestra única misión es procrear inconscientemente una generación de seres raquíticos, degenerados.

¡Pobres mujeres del pueblo! En pleno siglo XX la ciencia permanece oculta para vosotras. El instante de la dicha amorosa que tiene por misión la perpetuación de la especie humana, resulta un pecado capital y de lesa humanidad para vosotras, mujeres del pueblo!

Ya que las instituciones sociales que representan la ciencia, así como las aulas del democrático gobierno no llegan hasta vosotras a explicaros nociones de higiene, de ética fisiológica y sexual, llegamos nosotras, quizá con muy poquito conocimiento de esta materia pero con una férrea voluntad, a explicaros, a deciros que dejéis de ser máquinas de parir hijos, que en lugar de ser éstos ornamentación de belleza para la humanidad, resultan defectuosos por falta de nociones en su procreación.

La maternidad debe practicarse casi como un rito religioso, puesto que ésta es la resultante de una procreación sana y consciente, bella y artista, y no un momento de placer inconsciente que engendra por consecuencia seres que no se laboran conscientemente.

Cuando no se tiene los medios económicos para dar una alimentación y una educación adecuada a la pedagogía racionalista, recomendamos a las mujeres que se abstengan de procrear, empleando para ello los medios de preservación científica que no menoscaban en nada la naturaleza del acto fisiológico. De esta manera se cumple el santo apostolado de la maternidad ejercida conscientemente, que nos dará como frutos santos varones e hidalgas varonas que embellecerán la humanidad, y no como ocurre actualmente que estamos palpando una generación inminentemente de abúlicos y una procreación completamente abandonada.

La Maternidad!

Sagrada palabra que tendría que servir de apoteosis a todas las mujeres.

La Maternidad! Dolorosa, encantadora y delicada misión que tendrían que científicar todas las mujeres para que ella no dé los resultados infructuosos que actualmente está dando!

La Maternidad! Es la mujer que va siguiendo, atenta y sigilosa, todas las pulsaciones del glóbulo sanguíneo hecho fecto y después del ser en embrión; es la mujer que va a sentir una audición de música, penetrando en sus sentidos acústicos sensaciones infinitas que se reproducen en su vientre fecundado por la cópula amorosa!

Cuando las mujeres todas cumplan el santo apostolado de la maternidad con conciencia y responsabilidad, recién entonces se iniciará una nueva era, temiendo la especie, por lógica, seres que la embellezcan!

mbo incierto en busca afanosa de lo que no encuentran. ¡Pobres mis parias; hay en sus rostros demacrados el estigma del más acerbo dolor. Si hasta Natura parece desatar sus furias; vengativas contra la impotencia de mis parias...

Y allá van incansables por esas vías y callejones polvorientos con rumbo a lo desconocido, llevándo por inseparable compañero el horrible martirio de sus días y sus noches de amargura; estos parias corridos de las ciudades y perseguidos como perros hidrófobos por los arrastrables cuidadores del orden público, que creen ver en ellos á elementos peligrosos para la tranquilidad social. ¿Todo por qué? Por qué hay en sus pechos llagados la bandera de todos los martirios, y en sus ojos melancólicos se entreven ensueños de belleza y bondades supremas.

¡Oh, mis parias, ya cesará este largo vegetal por los caminos del sufrir!

Ceferina I. Sanchez
Manantiales.

Dos Mujeres

UNA.

El, que trabaja en un taller, almuerza deprisa y se dispone a descansar media hora. A la una debe estar en su puesto y recomienda a su mujer que lo llame.

Pero la mujer entregada a sus tareas domésticas, se olvida.

Cuando se da cuenta, es ya la una y media. Con toda la fuerza de sus brazos gordotes, lo sacude. Este despierta asustado y oye una voz agria: —¡Eh, vamos! Son casi las dos! Despertado así bruscamente, el se irrita: —¿No te dije qué a la una? ¡Y bueno! Yo estoy aquí fregando; podías despertarte solo! Cuando yo tengo obligaciones no espero que me despierten, ni me duermo.

La voz de ella, desesperante en su obstinación de herir, es como un chirrido agudo que destemplan los nervios. El contesta una grosería. Cuando se va golpeando la puerta, lleva una amargura terrible. Junto con el despecho de llegar tarde, la cara del patrón enojado y el dolor de la realidad de tener una mujer odiosa a su lado.

OTRA.

Pasó lo mismo. Ella se olvidó y él, fatigado dormía. Pero la mujercita que era espiritual y delicada y sabia querer bien, lo despertó con besos: —¡Viejito, qué es tardel.. Y cuando el quiso enojarse porque no lo había llamado antes, ella, con cara de fingido temor: —Mira, te vi durmiendo tan lindo que me dió pena! ¡Pobre mi muchachito cansado!

Y él, desarmado, no pudo menos que sonreír, mientras murmuraba: —Siembre ganas!

Luego, ya en la calle, llevándolo sobre sus labios la impresión

CeDm